

§ Bajo las tenues y pequeñas luces que colgaban sobre el aire nocturno del patio, su rostro dejaba traslucir los vestigios guaranícos, africanos y europeos que conjugaban en él una hermosura sin nombre. El piso de ladrillo era cercado por estrechas franjas de tierra fértil, alfombrada de perladas piedrecitas blancas, desde las cuales decenas de plantas tropicales conjuraban una especie secreta de encanto similar al de sus ojos negros. En efecto, había en aquellos ojos todo lo que en América creemos —o fingimos creer— haber enterrado, otorgándole lo que alguien describió correctamente como una «mirada de cinco siglos». Sentada en silencio, descalza y con un cigarrillo en la mano, la salvaje hojarasca de un jazmín brasileiro abierta a poca distancia de su oscuro cabello, como infinitos dedos que sueñan dar sonido a un instrumento delicioso y primitivo, ella también se preguntaba quiénes fueron los hombres, los infinitos hombres, que la habían llevado allí. Ella no lo sospechaba, pero ella era —como todas las cosas— apenas algo más que un eco. Y yo la contemplaba con el silencio respetuoso de los que invaden un cementerio, disimulando mi distante asombro, aunque todo en mí sintiera que una reverberancia de voces milenarias iba aflorar, en cualquier momento, desde sus labios.

—¿Qué hace?—me pregunté, temiendo que lograra desnudar mi corazón, y una voz interior me dijo «está esperando». Sus pies descalzos se unieron el uno al otro como dos trenzas juveniles o dos lianas tropicales; sus dedos se entrelazaron y recorrieron su cuerpo como enredaderas silvestres; el patio se deshizo y dio lugar a una hierba milenaria, inundando mis sentidos cruel o tiernamente. Nada quedó a mi alrededor. Solo y confundido, miré la hermosa flor que había nacido ante mí, que ya no me increpaba con cinco siglos de mirada. Y repetí en silencio: «está esperando».

§ Sobre la hierba prolija del cementerio, no sé si sus sandalias negras con encajes brillantes ofendían o alegraban la solemnidad de los muertos. Su remera negra tenía un precioso y seductor escote lágrima, dentro del cual un suave lunar perlaba su piel, bronceada en aburridas siestas de tomar sol. Conversaba con cierta impertinencia sobre el consumo de drogas, la vida después de la muerte y la naturaleza del alma, sentada junto a la tumba de nuestra vieja amiga, que se suicidó tras años de adicción y deterioro psicológico y moral. Acomodó las flores y limpió la tierra y el agua de lluvia que se acumulaban sobre la lápida con una delicadeza y un cariño que me parecieron maternos. El amor que sintió alguna vez por la amiga muerta permanecía intacto, y aunque otros visitantes pudieran juzgar sus ropas hermosas, su conversación desafortunada y un tanto ruidosa, su actitud despreocupada—en fin, su aparente impertinencia en aquel silencioso cementerio—la bondad de su corazón, la sinceridad de sus dolores íntimos, y su espontánea calidez eran igual de aparentes.

Pocos meses antes, ella fue mi acompañante durante mi primera visita al cementerio, una tarde lluviosa y melancólica en la que mi dolor todavía era fresco y lacerante. Esta vez, para mi sorpresa, no sentí nada. Mi atención estaba centrada en los vivos, en el hermoso rostro de mi acompañante, en su extraña conversación, que yo escuchaba con cierta pasividad resignada. Ella vivía una vida distinta a la mía, en un universo distinto al mío. La hermosura de sus ropas, la delicadeza de su maquillaje, el bronceado de su piel, el brillo de sus sandalias, su escote lágrima—en resumen, todos los detalles superficiales que podrían sugerir un alma superficial—no revelaban ni vanidad vulgar ni, al fin y al cabo, siquiera sana coquetería. En su consciencia, cada instante era signado por la duda de sí misma, por la abrasante convicción de que una mujer sólo es tomada en serio si satisface cierto criterio perverso de perfección, que nadie—tampoco yo—podría amarla si lo más mínimo de su fuero externo sufriera la más pequeña alteración.

Desde su tierna infancia, padres y hermanos le enseñaron—sin mediar palabra alguna—que la delgadez y la belleza garantizaban a las mujeres un trato respetuoso y diferencial, humillándola por su intermitente gordura e inculcando en ella la creencia, no del todo errada en muchos círculos, de que el amor otorgado a una persona es proporcional a la gratificación estética que es capaz de producir. Yo la comprendía y soñaba mostrarle que el amor puede ser perfecto, pero nos presentía a la vez separados por un río inabarcable, y al verla abrazar tan firmemente las mismas convicciones que destruían su posibilidad de ser feliz, la consideraba —en cierta medida— una partícipe del crimen. Yo no debía «despertarla»: sus ojos estaban bien abiertos en un mundo, en una vida, donde todas aquellas cadenas que a mí me parecían tan lejanas eran verdaderas, tenían un peso espiritual que dificultaba real, incluso físicamente sus pasos. Por eso la compadecía sin saber del todo cómo hablarle.

Unas horas después nos despedimos, solos en la oscuridad de la noche, mirán-

donos frente a frente en la calle de tierra que conduce a la quinta de mi padre, rodeados de luciérnagas cuya aparición intermitente reflejaba la inconstante llama de la felicidad a lo largo de su vida. «Amo las luciérnagas», me dijo, sin sospechar la triste ironía que inundó mi corazón. Besé sus labios y nos abrazamos en silencio. Éramos irremediabilmente diferentes—ella lo supo y yo también—y sin embargo sabíamos comprender los duelos secretos del otro. Y eso también es una forma del amor.